

LLUÍS SEGURA

CONTAGIADO DE AMOR

UNA NOVELA ROMÁNTICA Y CANALLA
EN TIEMPOS DE LA COVID-19



CONTAGIADO DE AMOR

UNA NOVELA ROMÁNTICA Y CANALLA
EN TIEMPOS DE LA COVID-19

LLUÍS SEGURA

Basada en hechos reales acontecidos en marzo y abril del 2020



Contagiado de Amor
Primera Edición
Le Book 2020

Una novela de Lluís Segura ©
www.lluisseguraescritor.com

Texto adicional infantil Addaya Pardo

Diseño de la cubierta e ilustración Estudio Santa Rita ©

Revisión editorial Mireia Magallón
Edición adjunta Laura Álvarez
Supervisión ortotipográfica Casimiro Segura
Producción, marketing y asesoría Esther Fernández

Agradecimientos especiales a Sandra Blazquez y Addaya Pardo
porque sin su luz no existiría este libro.

Agradecimientos: Ingride Santos, Marta Monsarro, A.F.Marquès , Roberto
Augusto de la Editorial Letra Minúscula y a Ana y Emilian por mostrarme el
camino.

Edición para Amazon tapa blanda.
ISBN: 9798674747109

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de
la propiedad intelectual.

CAPÍTULO UNO

Llaman al timbre. Me abrocho la camisa mientras avanzo por el pasillo. ¿Todo listo? Luz suave, temperatura cálida, música de fondo, perfume —ni mucho ni poco—, cabeza, patillas, cejas, bigote y barba en su punto, zapatos lustrados, pantalones pitillo, ropa interior negra y aliento con sabor a menta. Abro la puerta. Eva está estupenda. Bueno, es estupenda. Una mujer muy atractiva. Su pelo rubio rizado, la sonrisa de su risa y sus ojos color miel me seducen juguetones. Me quedo atorado al ver el escueto vestido ceñido a su cuerpo. Ella se adelanta y me da un enorme abrazo con lengua.

Eva y yo nos conocimos hace medio año en una aplicación de citas. Quedamos un día para tomar unos gin-tonics, acabamos en mi casa bailando música electrónica y luego en la cama. Desde entonces, hemos quedado unas cinco veces. Conectamos porque no buscábamos nada en especial, solo pasar un buen rato juntos, sin problemas ni líos amorosos. Reír, beber, bailar, follar... Nada más ni nada menos. Nos reímos mucho, incluso hablando por chat. El sexo con Eva

es brutal. Es una mujer a la que le gusta experimentar. Es el sueño de cualquier soltero como yo. Ella también está soltera y es madre de una niña de ocho años a quien cuida en régimen de custodia compartida; estuvo casada con el padre de la niña durante diez años, hasta que se aburrió y se separó. En cuanto a mí, soy un soltero empedernido, un nivel por encima del soltero de oro; se podría decir que soy un soltero de platino.

Me gusta la soledad, disfruto con mi compañía, ¿hay algo malo en eso? El primer consejo del *ranking* de consejos del mundo es quíete a ti mismo. Eso es lo que hago, y no lo voy a cambiar por nada ni por nadie. Lo bonito, es que Eva piensa igual. Es una mujer independiente, no necesita enquistarse en una relación. Ella vive su vida, yo vivo la mía, y de vez en cuando quedamos para pasar un buen rato. Punto.

—Estás muy guapo —me dice después de besarme.

—Tú más —le contesto devolviéndole el beso.

Nos besamos como dos adolescentes. Soy consciente de que podríamos empezar a hacerlo en la entrada de mi casa, como dos animales electrocutados, pero me gusta acrecentar el deseo.

—¿Te apetece una copa?

Ella me dirige una mirada con armónicos de decepción, pero acepta mi juego.

—Vale.

Hacemos lo de siempre: beber gin-tonics sin tónica (ginebra mezclada con una monstruosa bebida energética que nos ayudará para lo que viene después) y bailar con desenfreno la lista musical que he preparado durante toda la semana como buen DJ frustrado que soy. El alcohol difumina todos nuestros defectos y nos eleva por encima de los problemas

cotidianos. Nos encontramos en ese pequeño trozo de cielo cuando Eva me enseña su traviesa ropa interior. Lencería de *sex shop* que enciende la sangre y desboca los corazones. A partir de ahí, como no he corrido las cortinas del salón, ofrecemos un bonito espectáculo pornográfico a mi patio de vecinos: ritmos pegadizos de origen ancestral, movimientos aprendidos en Internet, posturas, roces, besos y mucho más...

Nadie lo ve. Todo el mundo está pendiente del televisor. Les están comiendo la cabeza con desgracias y noticias absurdas, como la de un nuevo virus procedente de China. Eva y yo acabamos en la cama dándolo todo y recibiendo todo. Cuanto más excitados estamos, más guapos nos vemos y más disfrutamos el uno del otro; hasta caer rendidos, borrachos y felices.

A la mañana siguiente me despierto cansado, con los músculos doloridos por el esfuerzo. No descanso bien cuando duermo con alguien, su presencia no me permite desconectar en toda la noche. Ella está abrazada a mí y siento su aliento matutino en la cara. De pronto, una cancioncilla electrónica de tres notas destruye por completo el silencio de la mañana. Eva se despierta y coge el móvil. Yo me doy la vuelta para seguir durmiendo, pero no puedo evitar oír la conversación. Sin duda, algo grave está ocurriendo.

—No... —dice Eva asustada—, ¿en serio?!

»¿Y por qué no me habéis llamado?

»¿Entonces no puedo abrir?

Eva se levanta, sale de la habitación y entra en la cocina. Su conversación se convierte en un parloteo inteligible. Hoy es lunes y, aunque esté cobrando el paro, tengo que ponerme a trabajar urgentemente. Quiero que Eva se marche pronto de mi casa para recuperar mi rutina de trabajo. Pensando en todo lo que tengo que hacer me quedo dormido como un miserable.

Al cabo de un tiempo indefinido, despierto. Dejádme que os situé: mi casa es un *loft*, el comedor y el dormitorio están juntos. Así que cuando me despierto, desde la cama puedo ver a Eva sentada en el sofá. Es evidente que está preocupada y mucho.

—¿Qué ocurre? —le pregunto acercándome a ella.

—Cierran todos los centros de belleza —dice consternada.

Eva tiene una pequeña peluquería en el centro de Barcelona. Un negocio llevado con esfuerzo y dedicación que camina por la cuerda floja sobre un abismo de impuestos, gastos y deudas.

—Pero ¿por qué tienes que cerrar la pelu? —le pregunto exagerando mi interés.

—Van a hacer lo mismo que han hecho en Italia.

—¿Qué han hecho en Italia?

—¿No te has enterado? ¿No lees la prensa ni ves las noticias?

¡Touché! En un momento especial de mi vida, hace un porrón de años, me di cuenta de que leer la prensa me deprimía. Ese ritual matutino me hacía empezar el día cabizbajo, desconsolado y asqueado. El café sin periódico me sabía mucho mejor. Poco después, desenchufé la televisión, un instrumento de difusión de malas noticias y problemas sin solución

que pretendía invadir mi sagrado espacio vital. El nihilismo informativo me mantenía en un estado de ignorancia optimista. Yo seguía a rajatabla el bonito lema de El club de los nihilistas muertos: «Ojos que no ven corazón que no siente».

—No sigo la actualidad... —le contesto sin titubear—. No me creo nada de lo que dicen en la tele.

—Yo tampoco, pero se ve que esto va en serio: van a prohibirnos salir a la calle y cerrarán todas las tiendas.

—¿Pero qué dices?

—El presidente del Gobierno dará una rueda de prensa a las nueve.

Me quedo de pie, en calzoncillos, mirándola descreído.

—¡Si tengo que cerrar la pelu me muero! — insiste ella.

—Eso no va a pasar. No pueden cerrarlo todo, sería la ruina general.

—En China lo hicieron... Y en Italia también.

—¿Sabes?, es todo mentira. No hay virus ni hay nada. Son solo mierdas que se inventan para vender periódicos. No te preocupes. ¿Quieres comer algo?

Eva sonrío por fin.

—¡Me muero de hambre!

Solo hay una cosa mejor que nuestras veladas nocturnas. Nuestros desayunos tardíos. Así que me meto en la cocina y preparo panceta y huevos fritos con jamón del caro. Mientras se tuesta el pan, enciendo mi móvil. Es increíble: hay más noticias sobre el nuevo virus que estrellas en el universo. Hago un repaso general. La gente parece estar muy paranoica. Hay infinitas fotos de gente con mascarilla y de hospitales abarrotados, mapas ilustrando el alcance geográfico de la pandemia y cifras de infectados por todas partes... Leo también acerca

de los síntomas de la supuesta enfermedad: dolor de cabeza, fiebre y pérdida del olfato y el gusto. No me parece nada alarmante. La prensa se vuelve loca con cualquier tema. Nos ahogaron con el proceso de independencia de Cataluña, con aquel niño que cayó en un pozo, con la amenaza del terrorismo islámico, y ahora nos quieren asfixiar con este virus chino de un todo a cien. Apago el móvil y pongo música de Prince, su falsete sexy recompone el ambiente.

Desayunamos sin hablar porque Eva no para de contestar wasaps. Aprovecho para leer los míos, creando así una bella estampa matrimonial: una pareja desayunando, cada uno atento a su móvil. Mi padre me envía un vídeo en el que un camión cisterna fumiga una calle desierta de alguna ciudad oriental. Le contestó rápidamente: «Es un bulo, papá. Tan falso como esa foto en la que Putin se morreaba con Trump y que tanto te alarmó».

Cuando Eva y yo terminamos de desayunar, me voy a la cocina a fregar los platos. Empiezo a ponerme nervioso. Tengo mucho trabajo. Desde que acabé la carrera de Filología me he pasado la vida escribiendo para los demás. He escrito de todo. Revistas, catálogos, libros de instrucciones, panfletos, horarios, todo tipo de tratamientos, discursos... He sido esclavo, negro, *ghost writer* y con eso he pagado mis facturas. Pero hace tres meses me despidieron de mi último trabajo, una revista cultural en formato papel venida a menos, y entonces vi la luz. Una señal del destino. El dedo gigantesco de un anciano barbudo que me señalaba desde el cielo y que me hablaba en Dolby Surround: «¡Eh, tú, criaturilla: ¡Ha llegado tu momento! ¡O ahora o nunca!».

Me inscribí en el paro y me

puse manos a la obra: iba a escribir mi primera novela, mi primer texto personal. Por fin, mi gran sueño se haría realidad.

Cuando tienes al dios del arte de tu parte, las cosas se encadenan de manera milagrosa. En la fiesta de unos amigos conocí a una editora que estaba preparando una colección de autores noveles. Al día siguiente le envié mi primer capítulo. Le gustó mucho y me propuso entrar en el proyecto. Eso sí, tenía que escribirlo en menos de ocho meses. ¡Justo lo que duraba mi prestación social! El dios del arte, con su barba nívea agitada por un viento barroco, me guiñaba el ojo desde el cielo rodeado de angelitos y angelitas. ¡Menudo viejo verde! El reto estaba claro: una misión divina, mi gran oportunidad.

No quiero parecer un blandengue, pero escribir una novela es una tarea titánica. El dios del arte se alimenta básicamente del sacrificio: si no te ve sudar tinta, no te ofrecerá ninguna de sus recompensas. Para ello necesitas aislarte del mundo, negarte a la vida, encerrarte en tu cueva y descender —o ascender— a los abismos de la imaginación. Para semejante tarea cualquier distracción resulta nefasta: ni televisión, ni Internet, ni amigos, ni familiares. Los mejores libros se han escrito en una cárcel —*El Quijote*, sin ir más lejos—, y no es por casualidad. De manera que, aunque ya soy una persona solitaria de por sí, decidí encerrarme a cal y canto en mi casa, dispuesto emprender la escritura de mi gran obra maestra. Reconozco que he perdido un poco el tiempo mirando el techo, espionando las vidas de los demás en Instagram o repasando algún catálogo de videojuegos retro. A pesar de que ya solo me quedan dos meses de plazo, no hay problema, porque ya llevo escrita la mitad. Para celebrarlo —y porque estaba harto de hablar con mi sombra—, decidí llamar a Eva.

Ha estado bien, pero ahora ya se está haciendo tarde y mis dedos tienen ganas de bailar claqué sobre el teclado, así que no veo el momento en que se vaya de mi casa y me deje aprovechar el tiempo. ¿De qué va mi novela? ¿Queréis que os lo cuente? Pues trata de...

—¿Puedo usar tu portátil? —La irrupción de Eva en la cocina interrumpe mis pensamientos. El corazón me da un vuelco, pero no quiero resultar desagradable.

—¿Qué?

—Qué si puedo utilizar tu portátil.

—Claro, ningún problema —le digo con la amabilidad de un mayordomo inglés.

—Quiero calcular que ocurriría si me obligasen a cerrar.

—¡Claro, claro! —contesto—. Si no te importa, me voy a mi despacho a trabajar un poco.

—Oye... —dice Eva—, dentro de unas horas el presidente dará su discurso... ¿Puedo verlo aquí? Es que estoy muy nerviosa.

Trato de disimular el triple fastidio que me provoca el asunto. Eva no se irá en un buen rato, encima, tendré que poner la televisión y, por si fuera poco, para ver hablar al presidente. Aprieto los dientes y le contesto con suavidad:

—Sí, claro, lo vemos juntos. Sin problema.

Me acerco a ella y le doy un beso, ella me abraza, le cojo el culo con ambas manos y le aprieto los glúteos con fuerza. Nos estremecemos.

Una vez en el despacho, no logro concentrarme. Recibo algunos mensajes de una amiga que es realizadora de publicidad. Me cuenta que la cosa va en serio, que han paralizado sus rodajes por culpa del virus. Un amigo que tiene

un gimnasio me escribe, también preocupado. ¡Maldita sea! ¿Se ha puesto todo el mundo de acuerdo en arruinarme el día con sus paranoias? Silencio el móvil y trato de escribir algo, pero la presión de que Eva esté en el comedor no deja que me concentre. Así que, para tranquilizarme, paso un par de horas mirando catálogos de videojuegos de consolas de los años 80.

Eva llama a la puerta de mi despacho.

—Tu televisor no funciona —me dice con voz temerosa.

—Tiré el cable de la antena a la basura hace siglos— le contesto mientras salgo del despacho —. Tendremos que verlo por Internet.

—Lo he intentado, pero la tecnología no es lo mío. Es que va a empezar el discurso.

—Ya lo sé —la interrumpo —. Ahora la conecto.

Me doy cuenta de que mi paciencia se está agotando. Trato de controlarme. Miraremos el discurso y luego Eva se irá a su casa y ya está. Es mejor no romper la baraja. Voy a la cocina, cojo la escoba y me pongo a barrer el comedor. Eva me mira algo preocupada.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta amablemente.

—No, no. Solo quiero recoger un poco.

—Pues te ayudo.

—¡No hace falta! —le contesto en un volumen demasiado fuerte

—Vale, vale... —contesta Eva algo asustada. Trato de excusarme:

—No te molestes. Luego ya recogeré los platos. Tranquila.

Dejo la escoba, conecto el portátil a mi televisor y rebusco por Internet hasta que aparece el hombre del traje: un actor de teletienda, vendedor de aspiradoras, dependiente de El

Corte Inglés, que parece más nervioso de lo normal. Usa el viejo truco del presentador del Telediario, el mismo que usa el Rey en Navidad: nos mira a los ojos fijamente y habla como si improvisase, pero todos sabemos que está leyendo como un poseso un discurso medido hasta la última coma. Sus palabras enlatadas resultan vacías y remotas, como si salieran de una enciclopedia viejuna: «... nos enfrentamos a la crisis más grave de nuestra democracia (...), apelo a todos los españoles (...), el confinamiento es la única solución para garantizar el distanciamiento social (...), tenemos que permanecer todos unidos (...), las medidas de seguridad (...) y, por lo tanto, el Gobierno decreta el ¡ESTADO DE ALARMA!».

Cuanto más avanza el discurso menos me lo creo. Todos los negocios se cierran menos los que cubren necesidades básicas. Ya no podemos salir de casa, a menos que sea para comprar comida o medicamentos. La policía multará a todo aquel que camine por la calle sin una causa justificada. Es una cuarentena general, un confinamiento masivo, un toque de queda durante quince días, una fantasía dictatorial y maliciosa hecha realidad. Me froto los ojos para creer lo que estoy viendo. Eva y yo nos miramos de vez en cuando alucinados. Se prohíbe visitar a los mayores, se prohíbe estar a menos de un metro de otra persona, se prohíbe que los niños salgan a la calle. Las normas se acumulan en mi cerebro. ¿Ahora vivo en una distopía *young adult* de serie B? Eva está muy nerviosa, sujeta una libreta donde ha escrito un montón de números. El presidente sigue leyendo su discurso: «Las peluquerías, al ofrecer un servicio de primera necesidad, sí que podrán abrir»». Eva se levanta del sofá y empieza a gritarle al hombre del traje.

—Si no puedo acercarme a una persona a menos de un metro, ¿cómo voy a cortarle el pelo?

—Este tío está loco —le contesto sobrado.

El vendedor de aspiradoras carraspea. Parece confuso, mira a los lados; alguien le dice algo fuera de plano. Por un momento, pienso que ha oído a Eva. Acto seguido, retoma su discurso: «Disculpen, ha sido un error. En realidad, las peluquerías tampoco podrán abrir».

Eva trata de hablar, sin embargo, de su boca solo sale un tartamudeo de sílabas sinsentido. Cuando intento acercarme a ella, me aparta con el brazo y levanta el dedo índice como si fuera a decirme algo. Antes de poder articular palabra, rompe a llorar. Me quedo petrificado. Me impacta verla tan afectada, así que trato de acercarme ella otra vez.

—No llores...

—¿Que no lllore? —me dice gritando—. ¡Si cierro la peluquería, es mi ruina! ¿De dónde saco el dinero para pagar a mis trabajadores?

La verdad es que no sé qué contestarle. Eva se sienta en mi sofá sollozando, con las manos tapándose la cara. Miro de reojo el reloj de la pared. Son las 21:30 h, ya es de noche. Necesito que Eva se vaya a su casa y no es precisamente el mejor momento para decírselo. Trato de comportarme como un caballero, hacer caso de lo que siempre me dice mi padre: «Haz lo que quieras, pero sé un caballero». ¡Joder, menuda mierda de consejo! ¿No podía aconsejarme que hiciera lo que quisiera y punto? ¡No, tenía que añadir la mierda esa de ser un caballero! Recojo algunos platos muertos del desayuno y los llevo a la cocina. ¡Menudo desastre! Voy al baño y cojo un poco de papel higiénico del baño y se lo llevo a Eva, que lo

toma agradecida y lo embadurna de mocos. Me arrodivo a su lado.

—No te preocupes...

Me mira con los ojos hinchados llenos de lágrimas.

—Lo siento —se disculpa—, ahora pediré un taxi y me iré a mi casa.

Tengo que controlarme para que no lea la alegría en mi cara. Me pongo serio y le contesto:

—No te preocupes, quédate todo lo que haga falta... — Ella me mira y me acaricia la cara.

—Gracias, eres un sol.

Le sonrío y me voy a la cocina para hablar conmigo mismo. A solas.

No te preocupes, quédate todo lo que haga falta..., me digo imitándome.

Hago lo que puedo, me excuso.

No se puede ser más cafre, me repongo con ironía.

Salgo de la cocina con un vaso de agua para Eva, que sigue llorando desconsoladamente. Me siento a su lado y le paso la mano por la espalda. En realidad, me da pena, es una chica maravillosa, una mujer especial. No soy de hielo y entiendo su drama, así que voy a tratar de tener un poco de paciencia. Le doy el vaso de agua y se lo bebe de un trago. Parece más calmada.

—Estoy muy asustada —me dice con un hilo de voz.

—¡Va, hay que ser valiente! Todo el mundo estará en una situación parecida.

—¿Te puedo pedir un favor?

—¿Quieres que te llame un taxi? —le respondo con tono servicial.

—Me da miedo salir de noche, está prohibido. Y no sé si hay taxis. ¿Puedo quedarme a dormir?

Me desmonto. Odio las cosas que no entraban en mis planes porque no son mis planes. Me gustaría decirle que no, pero me quedo mudo, sin palabras.

—No quiero ser una molestia para ti... —me dice Eva con la mirada baja.

¿Qué puedo contestar a eso? Si le digo que se vaya andando a su casa en plena noche pareceré un criminal, un gilipollas de campeonato. De manera que mi programación encriptada de caballero gana y, como empieza a ser una costumbre, le contesto exactamente lo contrario de lo que pienso:

—Claro, sin problema. —Levanta la mirada y me sonrío. Después me abraza con fuerza. Noto en mi cuello su aliento cálido y sus mejillas humedecidas por las lágrimas.

—Gracias —susurra. Me concentro en pensar que mañana habrá terminado todo y podré volver a la normalidad.

—¿Tienes hambre? —pregunta ella; yo suspiro.

Cenamos como si fuéramos un matrimonio. El vino me ayuda a sobrellevar la situación. Mientras ella habla de su trabajo, vemos en Internet las vagas promesas del Gobierno para ayudar económicamente a los ciudadanos. Estoy cansado de hablar de peluquerías y tengo ganas de retirarme a mi despacho, pero me parece una falta de sensibilidad dejarla sola. Como estoy molido, le propongo que nos vayamos a la cama. Le parece una buena idea. Es la primera vez que nos metemos bajo las sábanas sin intención de fornicar. Me siento

extraño, viejo y patético. Trato de relajarme, la sensación de sentir mi espacio íntimo invadido me lo impide. Intento no exagerar y me repito a mí mismo que todo esto terminará mañana por la mañana, cuando ella se vaya y yo pase mi robot aspirador en la posición *extra clean* dos veces. Apago la luz y cierro los ojos. A mi lado, Eva mira el móvil. Solo espero que no me toque porque ahora mismo no siento nada de deseo por ella. De pronto, se me acerca y apoya la cabeza en mi pecho.

—Gracias por ayudarme.

—De nada —le contesto sin énfasis.

El silencio me resulta incómodo. Quizás podría tomarme un Valium 5 mg. para relajarme. Salgo de la cama apartando con delicadeza la cabeza de Eva como si se tratara de un objeto frágil. Ella se da media vuelta y se ovilla envuelta en mi edredón.

En el cajón de los medicamentos solo quedan cuatro Valiums. Cuatro salvavidas. ¡Cuatro! «Rompa el cristal en caso de emergencia». Mientras me trago uno con saliva, oigo que en el dormitorio suenan otra vez esas tres notas electrónicas que perturban el ambiente. Eva coge el teléfono y habla con alguien. Voy a la cocina y me preparo una infusión con tres bolsitas de tila. Oigo los murmullos de Eva hablar mientras hierve el agua.

Aparezco en el dormitorio con dos tazas humeantes y me encuentro a Eva con la cara ensombrecida.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Era mi padre.

—¿Qué le pasa?

—Está preocupado por mi madre.

—¿Qué le pasa a tu madre?

—No se encuentra bien. Le duele la cabeza, tiene tos y se ahoga.

—Vaya... —contesto mientras pienso lo peor.

—¿Y si tiene el virus? —pregunta Eva con la boca pequeña.

—¿Pero qué dices? No seas ingenua, eso es imposible —digo para ahuyentar los miedos.

—Pero tiene los síntomas y, con 85 años, es población de riesgo —contesta con razón.

—Tus padres son un grupo de riesgo porque se pasan las veinticuatro horas del día viendo la televisión. ¿Qué ocurre? Pues que somatizan: se creen que tienen lo que ven. No les hagas ni caso.

Eva me mira preocupada, mi discurso no ha terminado de calar

—No te preocupes, de verdad. Te he preparado una tila para dormir —le digo mientras le acerco una de las infusiones.

Después de tomarnos la tila, nos metemos en la cama. La falta de intimidad me desvela. Tumbado con los ojos abiertos trato de guardar distancia con su cuerpo hasta que Eva se me acerca y me abraza.

—Seguro que no tendrá el coronavirus, ¿no? —pregunta acongojada. Mi cuerpo está rígido como un palo. Muevo los brazos para liberarme de su abrazo, me giro para darle la espalda y le digo:

—Segurísimo. Todo saldrá bien, te lo prometo.

CAPÍTULO DOS

Existen dos reglas para no dejar nunca de ser un soltero (o soltera) empedernido. Dos normas inquebrantables que uno jamás debe olvidar si quiere seguir viviendo en la libertad libérrima de la soltería. La primera consiste en que jamás se puede dormir más de una noche seguida con la misma persona. Se puede dormir con una misma persona todas las noches que uno quiera, pero nunca dos noches seguidas. La segunda regla, aún más importante si cabe, consiste en no utilizar nunca diminutivos de palabras. Bajo ningún concepto, en lugar de casa, diremos *casita* o, en lugar de perro, diremos *perrito*. Por supuesto esta regla es más estricta cuando el diminutivo se usa para dirigirse a una persona: el nombre propio en diminutivo o diminutivos de apelativos cariñosos. *Guapita*, *pequeñita*, *nenita* o *princesita* son algunos ejemplos de términos que están absolutamente prohibidos. Preservando estas dos normas, uno puede tener la total seguridad y garantía de que jamás dejará de ser soltero.

Me despierto empapado en sudor, con la cabeza atiborrada de residuos de sueños rocambolescos que, gracias a Dios, no

recuerdo. A mi lado, Eva duerme cogida a mi brazo, emitiendo un ligero pero molesto ronquido. Su cuerpo se extiende sobre la diagonal de mi cama, dejándome apenas la orilla del colchón para mí. Aparto su brazo y miro la hora en el móvil: son las 4 de la mañana. Enrollo a Eva en una sábana y la cojo en brazos —me sorprende lo que puede llegar a dar de sí estar apuntado a un gimnasio al que nunca voy—. Cruzo el pasillo con Eva en brazos, abro la puerta, bajo en ascensor y salgo a la calle. Deposito a Eva en un portal ajeno, en un rinconcito que me parece bastante acogedor y vuelvo a mi casa. Me meto otra vez en la cama y cierro los ojos.

Me despierto empapado en sudor, con la cabeza atiborrada de residuos de sueños rocambolescos que, gracias a Dios, no recuerdo. A mi lado, Eva duerme cogida a mi brazo, emitiendo un ligero pero molesto ronquido. Su cuerpo se extiende sobre la diagonal de mi cama, dejándome apenas la orilla del colchón para mí. Aparto su brazo y miro la hora en el móvil: son los 4 y 5 minutos de la mañana. Me dispongo a enrollar a Eva en una sábana cuando me doy cuenta de que estoy soñando en bucle. Aparto a Eva hacia el otro lado de la cama y trato de tranquilizarme; en vano, pues el miedo se apodera de mí. He roto una de las dos irrompibles reglas de oro del soltero de oro. Sí, es un hecho. Soy totalmente consciente de ello. Alego en mi defensa que ha sido por una causa de fuerza mayor. Afortunadamente, solo me he saltado una de las dos reglas. Aún hay esperanza.

Sé perfectamente lo que estás pensando. Como has leído un porrón de comedias románticas, crees que todo lo que va a ocurrir es totalmente previsible: voy a enamorarme de Eva inadvertida, paulatina e irremediabilmente mientras de fondo

suenan música de violines y violas. Eso es lo que estás pensando, por eso resoplas cada vez que le das la vuelta a una página. ¡Pues no! Esto no va así. En serio. Si quieres, puedes ir al final del libro para comprobar que no es así. ¡Alto! Es una manera de hablar. En realidad, no quiero que leas ahora el final. Puedo asegurarte que en el último capítulo no correré bajo la lluvia para decirle a Eva que he sido un lerdo y que, en realidad, no puedo vivir sin ella. ¿Que cómo va a acabar? Ya lo verás. No me estreses, ya estoy yo bastante estresado. Cierro los ojos y trato de pensar en otra cosa.

Me despierto empapado en sudor, con la cabeza atiborrada de residuos de sueños rocambolescos... Miro el móvil: ¡Dios! ¡Son las 11 de la mañana! ¡Cuánta luz! Al girarme, veo la cama vacía. Eva no está. Eva se ha ido. Respiro aliviado. Se acabó. Pobre chica, se ha ido sin decirme nada. La verdad es que ahora me sabe mal haberme puesto tan nervioso. En el fondo, no me molestó tanto. Es una chica fantástica. Después la llamaré y hablaremos un rato y todo estará en orden. Qué bien que las cosas terminen bien.

Voy al baño y me lavo la cara. Descubro una pequeña mancha de pelos rubios atascada en el lavamanos. Está claro que no son míos, entre otras cosas porque soy moreno y calvo. Agarro la pelambarrera que se alarga como el queso fundido de una pizza y asqueado la tiro a la papelera.

Es entonces cuando veo que el cepillo de dientes que le regalé a Eva está tocando el mío. Sus cerdas húmedas están en contacto con las del mío. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Coloco su cepillo en el otro vaso. Suspiro, resoplo,

hiperventilo. Me miro al espejo —de reojo, para no ver lo mal que me trata la edad— y me digo que hoy tiene que ser un día productivo sí o sí. Voy a ponerme a escribir como un poseso. Mi arte saldrá disparado de mis dedos y fundirá el teclado del ordenador. ¡El mundo se va a enterar!

Entro en la cocina. Eva está sentada en el suelo con una taza de café y un cigarrillo humante. Al vernos, los dos nos asustamos, los dos damos un respingo, los dos decimos al unísono: «¡Joder qué susto!».

—¿Qué haces aquí... en el suelo? —le preguntó gesticulando más que un italiano.

—Aprovecho el sol que entra en tu cocina.

Por la pequeña ventana entra un rayo de luz que va a parar justo donde está ella.

—¿Y qué haces fumando? —digo en tono inquisidor.

Eva se da cuenta. Se levanta, abre el grifo y apaga el cigarrillo bajo el agua.

—Lo siento —dice sacando humo por la boca.

—La verdad —le digo disimulando la rabia— preferiría que no fumaras en mi casa.

—Perdona... Siempre que vengo, fumo.

Tiene razón. Cambio de tema:

—¿Por qué no me has despertado?

—Dormías tan a gusto que no me he atrevido —confiesa con honestidad.

De pronto, la mirada de Eva se ensombrece y una profunda tristeza se dibuja en su cara.

—¿Qué ocurre?

—Me despertaron a las nueve. Han hospitalizado a mi madre.

—¿Qué dices?

—Se ahogaba y se la han llevado al hospital. Tiene todos los síntomas del coronavirus.

—No puede ser. ¿Le han hecho el test?

—Claro, después nos dirán el resultado.

—No deberías preocuparte, es estadísticamente imposible que lo tenga —digo dudando de lo que digo.

—Mi madre es muy mayor y ya estaba pachucha, si ha cogido el coronavirus será un problema.

—Tendrás que ir al hospital para verla, ¿no?

Eva baja la mirada. Por un momento pienso que se ha dado cuenta de que lo que pretendo es echarla.

—Está completamente aislada. No puede entrar nadie, ni mi padre. El pobre hombre está histérico. Encima, tiene que quedarse encerrado en casa para esperar los resultados —dice Eva a punto del llanto.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunto atemorizado.

—No puedo ir a ver a mi padre, así que voy a esperar a ver qué pasa.

Eva apura el café y yo apuro un silencio.

—Gracias otra vez por todo—añade.

Sin que me dé tiempo a evitarlo, Eva me abraza con todas sus fuerzas. Yo también la abrazo. Luego me mira a los ojos, emocionada. Está fuera de control. Me planta un beso en la boca largo y profundo. Le devuelvo el beso con pasión. En realidad, es un bonito beso de despedida, de agradecimiento por todo lo que he hecho por ella, por mi paciencia y comprensión.

—Como mis padres viven en Manresa y tú vives cerca de la estación, me preguntaba si te importaría que me esperase aquí unas horas para ver qué pasa.

Algo se incendia en mi interior. Trato de disimular la hiperventilación sonriendo abiertamente y respirando por la nariz. Procuero calmarme. «Su madre está en el hospital», me repito.

—Sí, sí... Lo entiendo perfectamente.

—¿Quieres que prepare algo para desayunar?

—No hay nada para desayunar —le digo con sequedad.

—Te quedan unos huevos y un poco de beicon.

Siento un ligero mareo, una presión extraña en la próstata e hinchazón en el intestino delgado, siento un pinchazo en los riñones y escozor en la comisura de los labios. Los síntomas de cinco enfermedades graves que me atacan en el mismo momento. ¿Cómo puede ser que sepa mejor que yo qué queda en la nevera?

—¿Has visto la hora que es? —Le digo tratando de centrarme.

—Cerca de las doce. ¿No tienes hambre?

—Lo que tengo es que trabajar —le digo con tono educativo.

—Claro, claro. Por eso te preguntaba si querías que hiciese el desayuno, para que cojas fuerzas para trabajar.

Me pellizco la sien con los dedos. Trato de respirar como en esas clases de pilates a las que nunca voy.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupada.

—Tú haz lo que quieras, yo me voy al despacho, ¿vale? —le contesto resolutivo.

Eva se acerca a mí y me coge la mano.

—Lo siento, estoy muy nerviosa. Los nervios hacen que me entre hambre. ¿Quieres que te prepare una infusión?

Exploto:

—¡No quiero una infusión! ¡Quiero trabajar!

Eva me suelta la mano y me mira asustada. Yo me siento como un asesino de gatitos.

—Perdona —le digo cariñosamente—, es que tengo mucho trabajo. Yo me voy al despacho, pero tú desayuna.

Le doy un beso en la mejilla, sonrío, después salgo de la cocina y entro en mi despacho cerrando la puerta a mis espaldas. Enciendo el ordenador. Mientras el pequeño prodigio informático hace sus cálculos, pienso en lo incómodo que es adaptarse a los horarios de otra persona, sincronizar sus necesidades con las tuyas. Aun así, me doy cuenta de que estoy muerto de hambre. No voy a poder trabajar si no como cualquier cosa. Salgo de la habitación y, al asomarme a la cocina, veo que Eva está haciendo unos huevos fritos con algo de pan tostado y un poco de beicon. Vuelvo a meterme en mi despacho. No puedo desayunar con ella. Pensaré que no me importa que se quede en mi casa y que estoy muy a gusto. Por si fuera poco, nos pondremos a hablar durante horas y a mí se me esfumará la mañana.

Sin previo aviso, en mi móvil suena la marcha imperial de *Star Wars*: es mi padre. La verdad es que no me apetece hablar con él. Mi padre es un tipo genial y nos llevamos muy bien, pero tiene exactamente los mismos defectos que yo. Él tiene los defectos 1.0 y yo tengo los defectos 2.0. Es maniático, autoritario, mandón y cabezota. Suerte que también compartimos virtudes.

—¡Hola, hijo! ¿Has visto la que está cayendo?

—Sí, papá....

—Han cerrado la residencia. He tenido que ir a buscar a mamá.

—¿Cómo?

—Sí, se quedará en casa.

—Pero ¿podrás ocuparte de ella? —le pregunto muy preocupado.

—Carla me ayudará. El problema es que ya no podrá salir de casa.

—¿Qué? ¿No podrá salir?

—¿No ves la tele? —pregunta mi padre con voz cortante.

—Ayer vi el discurso del presidente —le digo desafiante.

—Bueno, como nunca la ves.

Me separo el móvil de la oreja y trato de no gritar. Vuelvo a acercármelo.

—Mira, papá, no hagas nada. Cojo un autobús, voy a verte y lo solucionamos.

—No, hijo, no puedes.

—Claro que puedo.

—Podrías estar infectado.

—¿Cómo?

—Sí, y podrías infectarnos a mamá y a mí.

—¿Qué dices? ¿Quién te ha dicho eso?

—Lo dicen en todas partes. Lo que pasa es que, como tú vives en la inopia, no te has enterado.

En parte tiene razón: no me he enterado. Pero no es cierto que viva en la inopia. Me da mucha rabia que mi padre me trate como si fuera mi padre.

—Papá, en serio, lo mejor es que venga y vemos...

—¡No! —me interrumpe—. No permitiré que pongas en peligro la vida de tu madre.

Me callo. Jamás imaginé que mi padre me diría una frase así, necesito un momento para digerirla.

—Pero, papá, no puedes encargarte de mamá tú solo.

—Ya te dije que se lo diré a Carla.

—¿La mujer de las faenas? —pregunto, fuera de mis casillas.

—Sí, ella me ayudará.

—A ver, ¿Carla puede entrar en tu casa y yo no?

—Sí, porque entrará y no saldrá.

—Déjame pensar en ello. Te llamaré después.

Me despido de mi padre. Necesito pensar y si hablo con él no puedo pensar. Carla es una mujer de Honduras que limpia la casa, cocina y ayuda un poco a mi padre desde que vive solo. Mi madre está en una residencia porque tiene una enfermedad neurodegenerativa. Una desgracia familiar que, en parte, quedaba atenuada por el hecho de que ella estuviera en una residencia.

Salgo del despacho y entro en la cocina. Los platos sucios del desayuno de Eva descansan en la encimera. Huele a tabaco. Voy al comedor para decirle a Eva que yo también tengo problemas y que ha llegado el momento de que se vaya a su casa. Tengo que solucionar lo de mis padres y, por supuesto, trabajar. ¡Tengo que trabajar! Miro el reloj: son las dos. En el comedor, me encuentro a Eva sentada en el borde del sofá. Tiene las manos en la cara. ¡No puede ser, está llorando otra vez!

—¿Qué ocurre?

Eva se aparta las manos de la cara y me mira con la expresión desencajada.

—Mi madre....

—¿Qué ocurre? —le pregunto, temiéndome lo peor.

—Mi madre tiene...

—¿Qué tiene?

—Mi madre...

—Sí, tú madre... —insisto con impaciencia.

—Mi madre ha cogido el virus.

—¡¿Qué?!

—El coronavirus.

Jaque. Me quedo sin palabras. Mi padre vuelve a telefonarme. Silencio el móvil instintivamente. Me siento al lado de Eva y trato de tranquilizarme un poco para poder tranquilizarla a ella.

—A ver, cuéntamelo mejor.... —digo para ganar tiempo.

Eva se agarra a mí, me abraza y rompe a llorar.

—¡No me dejan ir a verla! —dice entre sollozos.

—Pero eso es inhumano.

—Sí, es inhumano. ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé — le contesto con absoluta sinceridad.

CAPÍTULO TRES

La tarde se ha echado encima de mi casa tapando con su cuerpo la luz que entra por la ventana. La inquietud de Eva tiñe todo mi piso de nerviosismo. Está sentada en el sofá con el móvil en las manos, esperando una llamada que la convenza de que todo es una broma pesada. Consulta las noticias, repasa los síntomas, el número de muertos y busca cualquier información que pueda desmentirle que lo que está pasando no está pasando. Su actitud me pone nervioso, lo pienso sin acritud, no me juzguéis, entiendo lo que sucede y comprendo su reacción, pero no puedo evitar angustiarme. Sin mediar palabra, entro en mi despacho y dirijo la mirada al ordenador. Presiono la barra espaciadora, el ordenador se enciende, y el cursor aparece sobre una página en blanco, impaciente, pidiendo guerra. Soy consciente de que mi cabeza no está allí, está en el comedor, con Eva. Me cuesta dejarla sola con su gigantesco problema. Pienso que podrían ser mi padre o mi madre quienes estuvieran enfermos, y empatizo con ella. Mi novela tendrá que esperar un día más. Apago el ordenador. Vuelvo al comedor y me siento al lado de Eva.

—¿Cómo está tu madre?

—No lo sé, no entiendo nada. Mi padre está colapsado.

—Pero... ¿Y qué te dice?

—Que lo han mandado a casa. Está esperando.

—¿Esperando el qué?

—Pues esperando los resultados de los análisis.

—¿Por qué no llamas al hospital y preguntas?

—No me harán caso.

—Claro que te harán caso.

—¿Y qué les digo?

—Pues que tu madre está ingresada y que necesitas información.

Eva baja los hombros, como si el peso de mis palabras la arrastrara a las profundidades del infierno.

—¿Quieres que llame yo?

Mi propuesta sorprende tanto a Eva como a mí. Un clásico que nunca pasa de moda en mi manera de ser: decir las cosas sin detenerme a pensarlas. Un pequeño error de personalidad, parecido al de enviar un mail sin haberlo leído previamente.

—¿Quieres llamar?

—Bueno... En realidad, no —digo esbozando una sonrisa macabra—. Pero soy bueno con la burocracia. Una vez, gracias a mi palique, conseguí una prestación social.

—La verdad es que yo no tengo fuerzas— me dice mientras me pasa su teléfono.

Miro la pantalla: Hospital de Manresa. Ahora ya no hay marcha atrás. Toco el icono de llamar y espero señal mientras voy haciéndome pequeño. Pongo el modo manos libres:

«*Benvinguts a l'Hospital de Manresa* —dice una voz femenina pregrabada—. *Les nostres línies estan ocupades. Degut a la crisi*

sanitària causada per la covid-19, el temps d'espera podria ser més llarg del que és habitual. La seva trucada es troba a la posició número sis.»¹

Una música optimista, saltarina y repetitiva trata de hacernos amena la espera. Sin duda, la persona que ha escogido semejante composición musical trabaja codo con codo con el diablo. Sus notas distorsionadas por el altavoz del móvil se proyectan hacia nosotros. Tratamos de gritar, pedir ayuda, pero nos hemos convertido en estatuas de mármol. Nuestra voluntad se ha petrificado, no podemos hacer otra cosa salvo escuchar. La puñetera música nos ha hechizado. De golpe, la melodía se corta en seco y salimos de nuestra ensoñación.

«La seva trucada es troba a la posició número cinc.»²

Resquebrajo el mármol que me atrapa y, con un gesto rápido, cuelgo el móvil. Eva me mira indignada.

—Pero ¿qué haces?

—Joder, era insoportable. Odio esperar.

—¡Solo quedaban cinco!

—¿Solo?!

Eva trata de quitarme el móvil de las manos, pero yo no lo suelto. Forcejamos.

—¡Dame el teléfono!

—Vale, lo siento —le digo arrepentido.

Vuelvo a pulsar el botón de llamada y espero.

«Benvinguts a l'Hospital de Manresa. Les nostres línies estan ocupades. Degut a la crisi sanitària causada per la covid-19, el temps

¹ «Bienvenidos al Hospital de Manresa. Nuestras líneas están ocupadas. Debido a la crisis sanitaria causada por la covid-19, el tiempo de espera podría ser más largo de lo habitual. Su llamada se encuentra en la posición número seis.»

² «Su llamada se encuentra en la posición número cinco.»

d'espera podria ser més llarg del que és habitual. La seva trucada es troba a la posició número dotze.»³

Eva resopla, yo trato de mantener la calma. La música infernal vuelve a sonar. Pasamos unos veinte minutos en espera, escuchando una y otra vez las mismas notas mientras subimos posiciones en la lista, en lo que parece una escalada a una locura sin retorno.

—«Hospital de Manresa, bona tarda. En què el puc ajudar?»⁴ — dice la voz de una chica con esforzada amabilidad.

—Hola. Mira, la... mi madre está ingresada en este hospital. Quería conocer su estado.

—¿Cuál es su nombre?

—¿El mío?

—No, el de la paciente.

—Eustaquia Párdez —me susurra Eva.

—Eustaquia Párdez—digo yo.

—Eustaquia Párdez —contesta la operadora—. Un momento, que lo consulto — añade.

Eva me aprieta el brazo, nerviosa. Le pido con la mirada que pare.

—Hola. ¿Eustaquia Párdez Gutiérrez, verdad?

—Sí.

—Su madre está aislada en una habitación. El médico aún no nos ha pasado el informe.

—¿Y cuándo pasará el informe? —pregunto con amabilidad.

³ «Bienvenidos al Hospital de Manresa. Nuestras líneas están ocupadas. Debido a la crisis sanitaria causada por la covid-19, el tiempo de espera podría ser más largo de lo habitual. Su llamada se encuentra en la posición número doce.»

⁴ «Hospital de Manresa, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?»

—Estamos desbordados, supongo que antes de las siete.

—¿Antes de las siete?

—Sí. Y después llamaré a la familia.

Eva profiere un largo suspiro que me obliga a sacarle más chicha a la situación.

—Una pregunta —digo imitando la voz de algún actor en una película de abogados—: ¿Hay alguna posibilidad de hacerle una visita?

—Eso es imposible.

—Pero, esta señora... Quiero decir, Eus... Eulalia...

—¡Eustaquia! —me susurra Eva.

—Eustaquia. Bueno, mi madre —continúo— está sola. Tiene que estar asustada. Y necesitará que le llevemos algo de ropa, porque seguro que le han puesto una de esas batas humillantes que dejan el culo al descubierto. Por no hablar de la comida. Mi madre es celíaca, vegana e intolerante a la lactosa. Deberíamos llevarle, al menos, unas galletas sin gluten ni sacáridos... Y monedas. También le queremos llevar monedas. Muchas monedas, porque seguro que la televisión va con monedas, y a ella le gusta mucho la televisión y a lo mejor no lleva suelto... Aunque me pregunto yo si es legal eso de cobrarle a la gente por ver la televisión. Quiero decir, ¿ustedes luego les dan una comisión a los canales que subarriendan o simplemente se quedan todo el dinero? Aunque, si mi madre ve la televisión pública no debería costarle nada, ¿no cree? Podríamos obviar ese tema si...

La operadora me interrumpe:

—Entiendo su preocupación, pero no se admiten visitas debido al riesgo de contagio.

—Pero —insisto— existen esos trajes que salen en las películas que cubren todo el cuerpo. ¿No me pueden poner uno?

—Esos trajes los utiliza el personal médico y van escasos, no se pueden desaprovechar.

—¿Que un hijo visite a su madre enferma le parece un desaprovechamiento?

—Sí, tenemos más pacientes que trajes.

Siento que estoy flaqueando en la batalla y que Eva me mira como un perdedor. Tengo que encontrar un golpe maestro. Algo que me permita ganar la conversación.

—Está usted exagerando un poco, ¿no cree? —le digo con tono socarrón.

—¿Cómo?

—Dramatizar es una manera muy pueril de captar la atención. Yo también lo hago. Cuando me preguntan qué tal el trabajo, siempre digo que voy a tope. Es una manera de dignificarlo. En su caso, aún es más flagrante. Sería absurdo trabajar en un hospital y decirle a la gente que el trabajo es insulso y aburrido y que está exento de riesgos. Supongo que lo que mola es decir que estás todo el día batallando con la muerte, empapado en sangre y rodeado de vísceras, trabajando al borde de la desesperación... Eso te convierte en un ciudadano de primera, un levantapaíses de pro, un ser humano imprescindible. Aunque, a ver, ¿no va usted a hacerme creer que este es el primer virus que tratan en este hospital? Supongo que habrán visto cosas más graves...

—¿Tiene alguna consulta más? —me pregunta la chica con paciencia.

—No, gracias. Muy amable —contesto alicaído. La llamada se corta. Miro a Eva levantando los hombros.

—Tendremos que esperar... —le digo para calmarla—
Lo he intentado todo.

—Doy fe.

Le devuelvo el teléfono.

—Esto es muy raro —dice Eva mientras se sienta de nuevo en el sofá. Me siento a su lado y le pongo una mano en el hombro.

—¿Cómo estás? —le pregunto abatido. Odio que mi papel de caballero salvador haya fallado.

—Estoy muy nerviosa... Y eso me da mucha hambre.

Yo también me muero de hambre, en realidad no he desayunado y empiezo a sentirme débil.

—¿Sabes qué? Bajo al supermercado a comprar algo.

Eva me mira sonriente.

—Pensaba llamar a una amiga para irme a su casa. No quiero estar sola si ocurre una desgracia. Y también me gustaría hablar con mi ex. Quiero pedirle que se quede con la niña unos cuantos días más cuando acabe su semana de custodia, hasta que se solucione un poco lo de mis padres.

—Mira —le digo a Eva—, voy a comprar algo de comida, tú aprovecha para hablar con tu ex, llamar a tu amiga, quedar con ella y relajarte. Luego comemos algo sin prisas, y, finalmente, pues... te vas.

Eva me mira con los ojos muy brillantes.

—¿Sabes? La verdad es que no te conocía. Pensaba que eras huraño y malhumorado. Uno de esos tipos maduros atascados que rondan en Tinder, pero en realidad eres muy generoso y simpático. No soy inmune a un buen cumplido.

Las palabras de Eva hinchan mi ego como la papada de una rana antes de croar. En un gesto poco calculado, le doy un beso en la mejilla. Mientras me levanto del sofá oigo el sonido de una alarma que se activa en el interior de mi pecho.

Me pongo un abrigo largo y negro y salgo a la calle. Hay poco tráfico, pero un montón de transeúntes. Algunas personas caminan con mascarilla —nunca he entendido cómo puede haber gente que lleve las cosas justo en el momento en que se ponen de moda—; la mayoría lleva consigo un carrito o una bolsa de la compra. Se respira un cierto aroma a inquietud. Entro en un Mercadona y voy directo a la sección de carne. Antes de llegar, descubro algo aterrador: ¡las estanterías están vacías! Una extraña brisa fantasmagórica se apodera de mi esternón. ¿Qué ha ocurrido? La desnudez de las estanterías del supermercado me turba. Se repite pasillo tras pasillo, sección tras sección. No hay casi de nada. Me asalta un miedo repentino que despierta mi instinto de supervivencia. ¿Debería hacer como todos, llenar mi nevera hasta el desparrame por si se acaba la comida? Me doy cuenta de que a lo largo de mis cuarenta y largos años nunca se me había pasado por la cabeza que algo así pudiera ocurrir. Me siento incómodo. Tengo miedo de que de entre los paquetes de coliflor envasada —es lo único que la gente no ha comprado— aparezcan mis abuelos zombificados para decirme aquello de «tú nunca has pasado hambre». Los cuerpos esqueléticos, las moscas, la inanición, las barrigas hinchadas por la falta de ingesta se amontonan en mi mente, después de años y años de frivolidad alimentaria, años de

ceguera descomunal, de insensatez de primer mundo. La colleja que recibo al ver el supermercado vacío es demasiado fuerte.

Una mujer se me acerca, lleva mascarilla quirúrgica y guantes de látex. Una persona con mascarilla es, básicamente, una persona sin nariz ni boca, una cara que solo contiene ojos. Una pesadilla extraña e intimidatoria que ahora mismo se aproxima a mí. Los guantes de látex tampoco resultan tranquilizadores. Los asocio, irremediabilmente, a desinfección con amoníaco, inspecciones de próstata, cirugía ventricular y a alguna parafilia sexual de origen alemán que no me pone.

—¡No queda nada de nada, eh! —dice la mujer enmascarada.

Retrocedo unos pasitos para distanciarme de ella.

—Sí, está todo vacío.

—Pues esto no es nada. ¡Nada! —Sus ojos se van haciendo cada vez más grandes—¡Vamos a flipar! En la televisión nos están engañando. Hay muchos más enfermos de lo que parece y el virus es mucho más terrible de lo que dicen.

—Ah... Ya... —digo mientras valoro el hecho de escapar corriendo.

—Esto será el fin de la humanidad tal y como la conocemos —sentencia la mujer mientras coge la última lata de oreja de cerdo en conserva que quedaba en la estantería.

Doy media vuelta y me encamino a la zona de congelados. Si hubiera tenido en las manos una recortada de doble cañón la hubiera disparado, lo prometo. En la nevera hay una bolsa de color azul abandonada. La cojo: ¿es la última bolsa de

bacalao congelado del mundo? La abrazo con fuerza y noto en mi pecho el ardor cortante del frío.

Se me acerca un hombre. No lleva mascarilla. Ahora lo que me da miedo es precisamente que no la lleve. ¿Estaré enloqueciendo? El hombre me habla acercándose a mí cada vez más. Yo empiezo a alejarme de él como si bailásemos la coreografía de *Dirty Dancing*, pero sin el salto final.

—¿Vas a quedarte con esa bolsa de bacalao? —me dice.

Veo salir de su boca millones de pequeñas microgotas infectadas por la covid-19. Brillan en el aire antes de caer a escasos milímetros de mis pies.

—Sí, lo siento.

Le doy la espalda abrazado al bacalao y huyo a la sección de galletas y otras tonterías. Las estanterías dan pena: quedan solo aquellos productos que nadie quiere (esto es un infalible estudio de mercado). Abatido, decido ir a pagar. De camino, paso por delante de la sección de bebidas alcohólicas: ¡Milagro! Las estanterías están repletas de botellas. La gente está tan asustada que ni piensa en divertirse. Cojo una botella de ginebra y un par de latas de Monster y me dirijo a la caja. Los ojos de la cajera me miran con auténtico terror. Supongo que doy miedo, ya que todo el mundo da mucho miedo. Trato de hacerlo todo muy rápido, pero cuando me doy cuenta de que todas mis monedas están llenas de virus, se me caen al suelo, que también está lleno de virus. Las recojo angustiado y se las doy a la chica, que coge mis productos atestados de virus y los mete en una bolsa atestada de virus.

Llego a casa exhausto de tanto darle a la cabeza. Cierro la puerta a mis espaldas. Me siento sucio, contaminado, envuelto en materia vírica. Me lavo las manos y lo rocío todo con

Sanytol cocinas. Podría decir que me alivia saber que Eva está en casa, pero mi orgullo de solitario empedernido censura el pensamiento. Entro en el comedor alzando la botella de ginebra barata en una mano y el bacalao en la otra.

—¡El mundo se está acabando, pero tenemos cena!

Eva esta en mitad del comedor con la chaqueta puesta y el bolso en la mano.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Me voy a casa.

—¿A la tuya?

—Sí. Mis amigas son un asco. La mayoría tienen pareja y las dos únicas amigas solteras que tengo están acojonadas por el virus y dicen que es muy arriesgado que nos juntemos. ¡Menuda mierda de amigas!

—La gente está enloqueciendo.

—Sí, porque todo esto es una locura.

—¿Entonces no te quedas a cenar?

—No sé si me apetece beber, la verdad.

—Un trago nunca le ha hecho mal a nadie. Después de cenar, si quieres, te vas a casa.

—Es que no quiero irme a casa de noche —dice Eva preocupada.

Es entonces cuando me doy cuenta de que me he venido arriba nivel *premium*. La excursión al mundo apocalíptico del supermercado me ha hecho delirar. El miedo ha dirigido mis actos y ahora no puedo echarme para atrás. Ya no puedo decirle a Eva que no se quede, ya no puedo evitar que duerma otra noche aquí. Soy un cafre, lo sé, pero se me rompe el alma al imaginármela en su casa sola...

—Quédate a cenar y mañana te vas a casa —digo sin que pueda intuirse ni un atisbo del arrepentimiento.

—Es que no estoy para fiestas. —Su contestación me sulfura. Yo tampoco estoy para fiestas. De hecho, debería estar trabajando y en lugar de eso, estoy metido en su *fiesta*. No es justo que ahora tenga que aguantar su mal humor, no es justo.

—No era una fiesta. Era una simple cena y una copa para acabar con los nervios...

Las tres notas electrónicas punzantes suenan a todo volumen. Eva coge el teléfono. Voy a la cocina, pongo hielo en un par de vasos, degüello la botella de ginebra y preparo dos copazos. Salgo al comedor con los vasos en alto. Allí, Eva me mira con el móvil en mano y cara de estar muy asustada.

—¿Cómo está tu madre?

—Mi madre está igual.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?

—Mi padre.

—¿Qué le pasa a tu padre?

—Tiene fiebre y tos y se ahoga.

Le diría que no se preocupara, que es imposible que su padre también haya cogido el virus, pero en el primer capítulo le dije lo mismo con respecto a su madre, y me equivoqué de lleno. De manera que esta vez me callo la boca. Eva permanece en silencio, mirando con obsesión la pantalla de su móvil. El ambiente es tan tenso que se vuelve incómodo.

—¿Quieres estar sola?

—No —contesta con sequedad.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Gracias. Estoy bien —responde sin mirarme.

Aunque es un gesto ruin, me levanto con la intención de ir a mi despacho y ponerme a escribir. No puedo hacer mucho más por Eva y esta es mi gran oportunidad de encerrarme en mi cueva, respirar un poco y, con suerte, adelantar algo de trabajo. Cuando tengo la mano en el pomo de la puerta del comedor, Eva me llama.

—¿Carlos?

—¿Sí?

—¿No íbamos a cenar? —me dice avergonzada.

—¿Tienes hambre? —me sorprendo.

—Mucha.

FIN DE LA LECTURA PROMOCIONAL PUEDES
ADQUIRIR EL LIBRO COMPLETO EN [AMAZON.ES](https://www.amazon.es)

GRACIAS!!!!!!